

Crónicas de viaje

Selección de crónicas de viaje publicadas en el suplemento «El viajero» del diario El País, 2005 - 2007.

Vulcano, un spá en el Mediterráneo

La isla de Vulcano hecha humo, pero no quema. Cuando el visitante toma el aliscafo (un híbrido entre avión y lancha) en el puerto de Milazzo o en alguno de los otros tantos puntos desde donde se parte hacia las islas Eolias, no necesita haber visto en fotos el aspecto de Vulcano para saber nombrarla cuando la tiene delante. Un enorme volcán humeante domina la isla con su cráter tan inofensivo como un anciano que reposa fumando su pipa.

Cuenta la leyenda que la isla goza de mítica extirpe y rancio abolengo: es aquí donde se ubicaba la fundición de Hefesto, el dios del fuego que trabajaba con la ayuda de los Ciclopes. Enormes explosiones y maremotos terminaron conformando el aspecto total de lo que es hoy el archipiélago de las Eolias. Siete islas al sur de Italia, como si un demiurgo creador hubiera trabajado cada día de la semana sin descansar el domingo: Salina, Lípári, Strómboli, Filicudi, Alicudi, Panarea, y el reino de Hefesto en el extremo sur.

Vulcano está separada de Lípári por un canal de 800 metros de ancho. La isla se distribuye en tres partes: Vulcano Piano, con un área de cuatro kilómetros cuadrados entre las montañas de Aria y Saraceno. El puerto de Vulcano, que es el área plana de acceso donde anclan los barcos, se bebe vino mirando la luna y se obtiene toda la información turística de la zona. Y «Vulcanello», que brotó del mar después de una erupción en 183 a. d.C., y tiene tres cráteres minúsculos, el istmo y el Puerto de Poniente, así como la Bahía da Levante, con sus muchas fumarolas de azufre.

Todo sea dicho: Vulcano huele a huevo hervido, pero el olfato se acostumbra. Quienes no se acostumbran son nuestros ojos, que reparan asombrados cada día en las muchas formaciones rocosas con ese color a yema que tiene el azufre.

Cielo azul, arenas negras y aguas turquesas. Y dentro del agua de algunas playas, se alza un fluido constante de burbujas calientes, que aunque no sean de amor sino de azufre, enamoran. El aspecto del bañista que entra en la playa «delle fumarole» es el del niño que descubre no ya un juguete sino un juego mágico, cuya única regla es la de flotar sobre una de las fuentes burbujeantes que hay en el fondo. A aquel jacuzzi no le basta con ser natural, también quiere parecerlo: está rodeado de empinados riscos de piedra rojiza y amarilla, la arena que entra bajo el agua es un limpio manto negro, innumerable como la ceniza, y la vista nunca puede eludir la cresta del volcán humeante. Y si se padecen artrosis, trastornos gastrointestinales o simplemente se sueña con recuperar la juventud, al costado de la playa burbujeante se recomiendan los baños de barro medicinal, uno de los más alucinantes atractivos de la isla.

En temporada las playas se llenan de bañistas. Pero si el visitante va en busca de espacios más apacibles, no tiene más que tomar el autobús que lo traslada a la playa de Boca del asno, apartada línea en forma de herradura que se aprieta contra un farallón, menos frecuentada y tan paradisíaca como el resto.

Aunque la zona urbana de la isla está sembrada de hoteles y bungalows, basta seguir las flechas de los carteles en dirección a un club con nombre de música reggae: Togo-Togo tiene un área de camping perfectamente equipada incluso para las caravanas de paso. Además del bar-café circular que rige el camping y las pizzas que cada noche se doran en hornos de leña, lo más atractivo de Togo-togo es su larga playa que cada mañana, al despertarse el camping, sigue estando ahí, literalmente al alcance de la mano.

Para aquellos que padecen veleidades a lo Magallanes y Elcano, es cuestión de pocos euros enrolarse en uno de los muchos tours que se dedican a circunnavegar la isla. No corta el mar sino vuela: el lanchón parte desde Puerto Levante, hace escala en playas solitarias, sorteando los acantilados y entra en la famosa Gruta del caballo, la piscina de Venus donde vale la pena un chapuzón, la marina Cueva del Abad, y se acerca hasta casi tocar Punta del faro, Punta «quadratta», Punta de Luccia y Punta negra.

Pero Vulcano, como su nombre indica, es algo más que mar. Y como no sólo de playas vive el viajero, aquellos amantes del trekking y la aventura tienen la opción de coger uno de los muchos caminos isla adentro y montaña arriba. A media hora andando se llega al llamado

Valle de los monstruos, sembrado de formaciones rocosas de lava y piedra magmática que semejan efigies de seres fabulosos. Durante la puesta de sol, desde esta altura, se puede vivir un trozo de prehistoria y contemplar el Etna en el horizonte.

Caminando durante una hora en otra dirección se asciende hasta el trono de la isla: su volcán principal, que desde el año 1890 está dormido, pero aún ronca. Y aunque recomiendan extremar las precauciones por los abundantes gases sulfurosos, el más osado puede «circuncaminar» el cráter desde donde se domina toda la isla, a 500 metros sobre el nivel del mar. Después de este ascenso, el viajero puede bajar lleno de fotos y emociones y seguir en paz: ha conocido el mar, la tierra, el fuego de la tierra y todos vientos en unos pocos días.

